

Quiero detenerme en la palabra... **A propósito del hueso duro de Gauguin¹**

por Elsa Noya
(Universidad de Buenos Aires)

RESUMEN

El artículo aborda una lectura e interpretación del campo literario puertorriqueño actual, a través de la relación establecida entre los autores más jóvenes y sus modelos literarios, especialmente a través del vínculo establecido, a modo de ejemplo, entre Juan Carlos Quiñones y Luis Rafael Sánchez. El concepto de influencia según la propuesta de Harold Bloom se complejiza en términos de lectura y escritura, puesto que los jóvenes se distancian y desmarcan de los mandatos programáticos en torno a la ambivalente identidad nacional puertorriqueña, pero a su vez reconocen gestos filiativos de aproximación respecto de sus mayores.

Palabras clave: modelos - influencia - filiación - lectura - escritura

ABSTRACT

This paper approaches a reading and understanding of present Puerto Rican literary field, through the relationship between young authors and their literary models, especially by means of the link, as an example, between Juan Carlos Quiñones and Luis Rafael Sánchez. The concept of influence according to Harold Bloom becomes intricate in terms of reading and writing, since young people separate themselves from programmatic commands around ambivalent Puerto Rican national identity, though, in turn, they acknowledge filial gestures of closeness to their elders.

Keywords: models - influence - filiation - reading - writing

Toda literatura es compleja y rica. Por otro lado, yo me pregunto: ¿No están vivitos y escribiendo muchos de los escritores catalogados en la generación del 70? ¿No los hace este hecho mis contemporáneos? Yo confieso que no he leído tanta literatura puertorriqueña como acaso he debido; igual me culpo de no haber leído lo suficiente en general, una culpa que es ciertamente inexpiable. Pero he leído alejándome de agendas como la generacional. He leído lo que me ha llamado la atención, lo que me ha fascinado, lo que me ha servido para mis proyectos y más o menos lo que me ha dado la gana, lo cual es un modo de la libertad. *Si, por ejemplo, de Manuel Ramos Otero, de Luis Rafael Sánchez estamos hablando, entonces sí, influido he sido. Uno está vivo y sigue escribiendo; el otro está muerto y sigue escribiendo. A ambos los amo, no importa que hayan escrito en los setenta o en la Edad Media.*

Juan Carlos Quiñones²

La reflexión es del joven escritor puertorriqueño Juan Carlos Quiñones y forma parte de una entrevista que se le hiciera en la revista literaria de un periódico del país. En consonancia con la idea de que todo poeta elige sus precursores, en un momento de la entrevista aparece la consabida pregunta que los medios deparan a los escritores jóvenes o de reciente aparición en el mercado cultural respecto de sus modelos literarios. En este caso concreto se inquiriere qué relaciones o influencias ha tenido Quiñones respecto de los escritores puertorriqueños de los años setenta y su estilo de escritura.

La respuesta de Quiñones, apasionada y reconocida, habla sí en términos de influencia, pero significativamente de lectura y de escritura. De una escritura actualizada en el “está vivo y sigue escribiendo”, dicho de tal modo que el *seguir escribiendo* se muestra no sólo como actividad que trasciende vida y muerte del escritor, como sería el caso del recordado Manuel Ramos Otero, sino en

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentado en mesa plenaria en el *Tercer Congreso Internacional “Escritura, Individuo y Sociedad en España, las Américas y Puerto Rico” en homenaje a Luis Rafael Sánchez*, Universidad de Puerto Rico en Arecibo, Puerto Rico, 16 al 18 de noviembre de 2006.

² Clavell Carrasquillo 2004. La cursiva es mía.

tanto propiedad intrínseca de una escritura. Propiedad de continuarse, desplegarse y seguir operando en tiempo y espacio en la lectura que disemina: en la que fascina a Quiñones y en la que reconocerán también en su momento otros narradores jóvenes como Juan López Bauzá o Pedro Cabiya.³

Nacidos en su mayoría a comienzos de la década del setenta o mediados de la del sesenta, estos escritores irrumpen en el universo literario puertorriqueño tomando fuerte distancia estética de muchos de aquellos que marcaron a fuego la época de sus nacimientos. Y cuando digo distancia estética me refiero a lo siguiente: si pensamos su producción en relación con los problemas que había señalado Luis Rafael Sánchez como desafío de todo escritor puertorriqueño (tales como hacerse cargo de las pesadas cruces de la identidad, de la cuestión realista, del problema de la lengua, del infaltable humor caribeño y de la culpa consecuente en caso de no cumplir con algunos de esos puntos), observamos en principio que esas nuevas narraciones carecen de la intención programática que caracterizaba a los textos de los años setenta.⁴ Por lo tanto, ya no se conforman como representación de un sujeto colectivo nacional, sino como despliegue de hechos extraños y distintas subjetividades, sin anclajes contextualizadores ni marcas especiales que definan esas escrituras como producción de un *local nacional colonizado*. Consecuentemente, tampoco hay procedimientos para dar cuenta de una identidad nacional ni de su problematización; no hay traumas originarios que desvelen, ni débito histórico por el estatus, ni especial preocupación por la figuración de la realidad puertorriqueña. Al desaparecer la representación de ese sujeto colectivo, desaparece también algo caro y sustancial de la narrativa programática de aquellos años: el registro polifónico, la representación de las hablas de distintas parcialidades de género, raza, nación, credo o adicción como forma de dar cuenta de la heterogeneidad de ese sujeto.⁵

Ahora, si bien se puede leer esa distancia estética en tanto necesaria fórmula exorcista de lidiar con precedentes muy prestigiosos de un mismo campo cultural, enmarcados a su vez en un canon que no escapó a los debates críticos de fin de siglo ¿por qué tan lejos tan cerca? ¿cómo leer el doble gesto de tajante diferenciación y reivindicación filiativa? Es decir, sin perder de vista lo que puede ser un proceso de maduración y metabolización frente a un potente modelo, el interés que me despierta esta situación es ¿qué leen estos narradores de la escritura de Luis Rafael Sánchez? O mejor dicho ¿qué hay en la escritura de Luis Rafael Sánchez que pueda haber marcado aún a los que parecieran escribir a espaldas de ella aunque no en su contra?

Si lo pensamos en términos de la trayectoria de producción de Sánchez, sabemos que, además de lo que se manifiesta en sus textos narrativos o dramáticos, es en ensayos, artículos, entrevistas o conferencias en donde se expresa una subjetividad autoral propia de un proyecto intelectual que podría aproximarnos al tema vislumbrado. Entonces, mi intención va hacia allí y recorro textos ya leídos, buceo en artículos, reviso subrayados antiguos, en una lectura que tiene la pretensión de no ser mía sino de seguir huellas, otros posibles pasos transitados, de releer con una hipotética mirada ajena un mismo territorio, pero me doy cuenta de que en realidad esta lectura compartida me va devolviendo a un viejo y propio asombro, el que nace cuánta vez leo *quiero detenerme en la palabra*, frase que se suspende y restalla en la cantidad de ocasiones en que aparece la palabra *palabra* como centro de una preocupación estética, sin redundar, expresamente iluminada, golpeante y remitiendo a significados que no suelen figurar en las acepciones que prevén los diccionarios de usos del idioma.

Por el contrario, apartando la norma, su propia búsqueda me sale al paso, interrogando y contestando al tiempo:

una palabra es mucho más que una palabra [...] es [...] toma de poder, [...] arma que permite modificar la circunstancia, licencia para instalarse en el mundo. En el acopio, la selección y el inventario de las palabras se acopia, selecciona e inventaría nada menos que la vida.⁶

³ Cf. Hernández 2004.

⁴ Cf. Luis Rafael Sánchez, “Cinco problemas posibles para el escritor puertorriqueño”, *No llores por nosotros, Puerto Rico*.

⁵ Resumo aquí este aspecto del análisis que he trabajado más en detalle en Noya 2006.

⁶ Luis Rafael Sánchez, “La generación o sea”, *La Guagua Aérea*.

En principio podríamos pensar que esta recurrencia en la palabra, en sintonía con su necesidad de dar cuenta de *las voces de los nombres, de las cosas, del color*, enmarcada a su vez en su preocupación por la narrativa de una oralidad, nos acercaría a una perspectiva saussuriana de *parole* en tanto habla para asimilarla a un sentido más instrumental, de representación de una realidad lingüística.⁷ Sin embargo, sin olvidar que su coherencia intelectual nos remarca que *Palabra, historia y moral* van juntas, podemos observar cómo su comprensión y conceptualización del término va más allá de un sentido de la palabra en tanto contenedora gráfica de un habla esencial, punto nodal en las recusaciones derridianas respecto del olvido de la escritura en la descripción del signo saussuriano.⁸

La significación que persigue Luis Rafael Sánchez campea por encima de esa contienda y trabaja sobre la valoración y complementariedad de ambos opuestos y anticipándose en la práctica de su escritura a los cuestionamientos teóricos que en ese sentido atravesaron el campo cultural al ritmo del canto de cisne de la modernidad. Y cuando manifiesta su búsqueda de lo que llama *la veracidad auditiva*, su insistencia en alejarse de un fin documentalista y de remarcarla como construcción de un procedimiento de ficcionalización, despega aún más su idea de *palabra* de ser sólo gráfica del servicio de recordación de un sentido y un sonido hablante.⁹

Por el contrario, el concepto *palabra* que nos entrega se erige como *entidad autónoma*, que ocupa un espacio o que puede molestar por exceso, pero ya no como objeto de recordación sino como *organizadora de la experiencia*. En tanto tal, y en sus términos, la palabra *respira, contradice, denuncia, comete herejía*, al tiempo que puede ser *cruel, implacable o tornadiza*, porque, como nos recuerda, *así se comporta la palabra*.

Asimismo, ese comportamiento autónomo de la palabra alcanza su logro en la generación de escritura y en la definición misma de escritura que nos brinda luego: *escribir es apropiarse de cuanto palabra respira*. La *apropiación* de la que habla no tiene que ver con el apoderamiento ilegítimo de un objeto inerte; viene enmarcada en su propia recordación del ruego de Ibsen, cristalizado y actualizado en el epitafio de la tumba noruega: *Martillo, condúceme al corazón del misterio*.¹⁰

La belleza de la imagen ahonda en su idea de que la herramienta que conduce al corazón del misterio es el martillo, no la palabra; el martillo conduce golpe a golpe hacia ella, porque la herramienta y su sudor prohíjan la palabra, materia viva hecha escritura; ni banal reflejo de inspiración ni mera representación referencial sino conciente cincelado de *talento y paciencia que crea el sentido al inscribirlo*.

De este modo, a lo largo de sus textos, en los despliegues y significados de la palabra *palabra* va condensando Luis Rafael Sánchez la dimensión conceptual de la escritura y de la literatura. Y escribir, en tanto verbo intransitivo, se define también como *no dejar la literatura como se la encontró*. Tarea y mandato de estirpe creadora y propia de un artista intelectual.¹¹

Los narradores que irrumpen a fines de los noventa perfilando una nueva estética asimilaron ese mandato, pero evidentemente porque no olvidan lo que encontraron en términos de honestidad intelectual respecto de una producción que, sin perder de vista la consecuente y ya nombrada relación *palabra, historia y moral*, mantuvo siempre íntima e intacta coherencia entre concepción estética y escritura. Una concepción que configura a Magister y mandato derramados en la cantidad de ensayos, artículos, párrafos dedicados a una poética de la escritura. Que se pregunta tanto por la pulsión creadora como por las labores del punto y de la coma, pero que convocando a la inteligencia y jugando con un *más allá* o un *más acá* de *preceptivas y tradiciones*, va nutriendo el campo cultural con un sostenido pedido por el rigor de la excelencia al tiempo que sacude con revulsivos alientos de *atreverse a todo* en escritura y reescritura.¹²

Y cuando digo revulsivo uso el término en su etimológico sentido de agente, no del que decanta o precipita, sino del que, *revulgere* mediante, arranca lo necesario, revulsionando para transformar, para *no dejar la literatura como se la encontró*. El hueso duro de la revulsividad

⁷ Luis Rafael Sánchez, "El cuarteto nuevayorkés", *La Guagua Aérea*.

⁸ Luis Rafael Sánchez, "La generación o sea", *La Guagua Aérea*.

⁹ Ortega 1991.

¹⁰ Luis Rafael Sánchez, "El corazón del misterio", *No llores por nosotros, Puerto Rico*.

¹¹ Luis Rafael Sánchez, "Redactar o escribir", *La Guagua Aérea*.

¹² Cf. Luis Rafael Sánchez, *La importancia de llamarse Daniel Santos* y también "¿Por qué escribe usted?", *No llores por nosotros, Puerto Rico*.

pareciera ser esa insistente convocatoria al atreverse, al riesgo, al ir siempre más allá, condensada en la metáfora en escorzo que se entreteje en *La importancia de Daniel Santos*, la de un Paul Gauguin, en sus términos: *tosco y atrevido a todo, que puede llegar a tahitiarse la pupila para que le traduzca los cobaltos arcanos de los mares del sur*.

A su vez, el atreverse a todo de Gauguin y de Daniel Santos al recordar expresamente el camino que iluminara Rimbaud de ser moderno, retoma, en el mandato de Sánchez, el gesto vanguardista de invocar la *insurgencia* permanente frente al lugar común, la generalización, la exacerbada *sensibilidad gramatical*, el *clisé* como respuesta fácil de la llamada normalidad.

Este orden de preocupación, en sintonía obviamente con el que piensa a la palabra como *organizadora de la experiencia*, recuerda el alerta de Henry Meschonnic respecto de lo que llamó *lengua de palo*. La *lengua de palo* o palabra hueca sería la que surge cada vez que se reducen las palabras a sólo herramienta al tiempo que se invisibiliza esa operación. Entiende también que por eso lengua de palo es aquella que puede vivir de complicidad, de pasividad y de aceptación; semiótica verbal con un mínimo de semántica, frecuente y funcional a los gestos de concentración y conservación de poder.¹³ Lengua de palo de la que Sánchez se aparta y previene reiteradamente proclamando su ruptura profesional y personal respecto tanto de las instancias de poder como de cualquier manifestación *de literatura suavona o evangelizante*.

Por otra parte, cuando en la declaración de Juan Carlos Quiñones destaqué las instancias de lectura y escritura sobre la de influencia, tuve en cuenta también lo siguiente: en las ya conocidas consideraciones de Harold Bloom el concepto de influencia literaria surgiría con la Ilustración cartesiana desplazando al muy antiguo de filiación que interpretaba esa relación en términos parentales. Pero aún en las reflexiones críticas de Bloom, deslindar influencia de filiación se muestra tarea poco transparente por la labilidad con que el sentido se desplaza entre uno y otro concepto.¹⁴

La pregunta hecha a Quiñones sobre su relación con la narrativa del setenta se articula en torno del término de influencia.¹⁵ Su respuesta, como vimos, se adhiere en principio a ese concepto pero inmediatamente lo trasciende. El plus afectivo que incorpora Quiñones en su fuerte reconocimiento de la escritura de Luis Rafael Sánchez haría la diferencia. No parece arrastrar asomo de angustia o intimidación por tamaña influencia, tampoco de oportunismo por la asociación relumbrante, remitiría sí al plus de sentido que se engendra en toda lectura respecto de lo que se lee. Y también al acto de adhesión filiativa que esa misma instancia puede generar. Pero la adhesión no es algo concerniente sólo a la lectura. La escritura también hace parte de ello y muy especialmente en el caso de la escritura de Sánchez en la que se manifiesta la búsqueda provocativa para involucrar al lector no sólo en la fuerte presencia de la patria sino en y para la escritura.

Para finalizar, quiero decir que desde que comencé a pensar esta exposición y desde que organicé su comienzo con las palabras de Juan Carlos Quiñones me fue rondando una imagen argentina recurrente al pensar el tema en término de filiaciones: en las columnas de las movilizaciones de protesta a las que solemos o solíamos asistir, durante mucho tiempo y especialmente desde el fin de la última dictadura, hubo siempre un lugar privilegiado para las madres de desaparecidos y para las abuelas de nietos apropiados por esa dictadura. Madres y abuelas desfilaban en silencio con sus carteles frente al aplauso respetuoso del resto. Un día, al correr de los años, una nueva columna y un nuevo cartel emergió a continuación de los dos anteriores. Columna, cartel y escritura avanzando de lado a lado de la avenida, imponían la fuerza simbólica de una enorme y sola palabra: H I J O S.

En ese caso particular, junto con el visceral sentimiento de victoria porque el horror y su amenaza no habían desarticulado la presencia, lo que se imponía a lo largo y ancho de la calle era la continuidad de nuestra propia historia.

Saltando la distancia entre una y otra situación, lo que quiero rescatar con la comparación es la potencia de todo gesto de autofiliación *desde la diferencia*. El tiempo y sus avatares conforman sus modos de continuidad y las filiaciones además de enorgullecer, tranquilizan, y no sólo por que

¹³ Meschonnic 1999.

¹⁴ Cf. Bloom 1991.

¹⁵ “Tus cuentos han sido clasificados en el género fantástico y muchos piensan que como no se refieren a la supuesta realidad social de la Isla, pues que no tienen el peso, digamos, que ha tenido la escritura de la generación del setenta. ¿Qué relaciones e influencias, si algunas, tienes con ese grupo y sus estilos?”. Clavell Carrasquillo 2004.

sucedan, dicho esto en ambos sentidos, sino porque como en este caso que nos convoca la autofiliación no se desprende de un simple hecho natural que promete semejanza o alineación, sino que implica un claro gesto de elección, de modelo de maestría y honestidad intelectual, en la construcción de tradiciones y continuidades de un campo cultural nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- BLOOM, Harold (1991). *La angustia de las influencias*, Caracas, Monte Ávila.
- CLAVELL Carrasquillo, Manuel (2004). “Una falta de fijeza radical”, entrevista a Juan Carlos Quiñones, *Revista Domingo*, *El Nuevo Día*, San Juan, Puerto Rico, 5 de septiembre.
- HERNÁNDEZ, Carmen Dolores (2004). “Mi compromiso más grande es con el juego”, entrevista a Pedro Cabiya. “Revista Domingo”, *El Nuevo Día*, San Juan, 18 de abril.
- MESCHONNIC, Henry (1999). “Perdidos en el bosque de la lengua”, traducción de Noé Jitrik, *SYc* 9/10: 102.
- NOYA, Elsa (2006). “Una estética del exorcismo. Nuevas narrativas puertorriqueñas.” *Revista de Estudios Hispánicos* XXXIII/1: 69-80.
- ORTEGA, Julio (1991). “Luis Rafael Sánchez: el gozo redentor” (Entrevista). *Reapropiaciones. Cultura y nueva escritura en Puerto Rico*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- SÁNCHEZ, Luis Rafael (1989). *La importancia de llamarse Daniel Santos*, Hanover, Ediciones del Norte.
- SÁNCHEZ, Luis Rafael (1994). *La guagua aérea*, Editorial Cultural, Puerto Rico.
- SÁNCHEZ, Luis Rafael (1998). *No llores por nosotros, Puerto Rico*, Hanover, Ediciones del Norte.